

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 42.—Noviembre 4 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. .. — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



Consagracion de la iglesia subterránea de Chartres. — Los obispos recorriendo procesionalmente la cripta á la luz de las antorchas.

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ El tiro nacional de Vincennes se cerró el domingo último en medio de un inmenso concurso de actores y espectadores, lo cual es una prueba de la espontánea acogida que mereció este pensamiento. Los periódicos cotidianos han entrado sobre el particular en mil detalles inútiles de repetir aquí: por tanto, nos concretaremos á añadir algunos datos que se han omitido.

Entre los tiradores hábiles cuyos nombres son nuevos para la prensa, hay que citar varios que se han hecho notables en ciertos ramos. Merecen especial mencion dos empresarios de teatros, los Sres. Alfonso Royer é Hipólito Cogniard. El primero se sirvió de una carabina suiza rayada, sin desmerecer su mano de la destreza con que dirige las riendas del carro lírico y coreográfico de la Opera, habiendo logrado en otras ocasiones varios premios en los tiros federales de la antigua Helvecia. El autor de la *Favorita* consiguió por sus certeros disparos figurar en el cuadro de honor, y no cabe duda de que seria digno émulo de uno de sus grandes héroes del repertorio, si, trocado el arco en carabina, se tratase de derribar la manzana puesta sobre la cabeza del jóven Jemmy Tell: esperamos con curiosidad la proclamacion de los vencedores, á fin de saber si M. Alfonso Royer añade un premio parisiense al obtenido en el tiro nacional de Lausana. — El otro tirador es, mas extraño todavía, porque si los amigos del director de la Grande Opera conocian sus proezas de los cuatro cantones, la prensa ignoraba por lo general que el director de Variedades manejase el arma de precision con igual maestría que la sátira. M. Hipólito Cogniard no yerra el blanco con la bala ni con la pluma. Dicese que en la próxima revista de *Variedades* figurará una escena tomada del tiro nacional de Vincennes, á donde fué á observarla y estudiarla el director. — Otro tirador, que se distinguió particularmente, aunque confundido entre la legión de vencedores, tendrá una mencion especial: es el señor vizconde de Rouville, el hábil y feliz director de la compañía que construyó el célebre Palacio de Cristal. Hubo aquí una circunstancia que sin duda han pasado por alto los cronistas, y es, que mientras los demás tiradores se servian de armas construídas en las principales fábricas de Europa, el vizconde de Rouville hizo uso de un fusil *chino* bastante tosco en su aspecto, pero de una precision probada por los altos puntos marcados en el cuadro de honor. Este fusil es un donativo que hizo al hábil justador M. de Montigny, antiguo cónsul general en China, propietario del magnífico museo chino y japonés, del cual hemos hecho mencion anteriormente. Asegúrase que desde hace algunas semanas, M. de Rouville, cazador afamado, se ejercitaba en el manejo de esta arma preciosa en su casa-palacio sito en la avenida de la Emperatriz, empeñado en rehabilitar á los Chinos con respecto á las armas de precision de que tanto se mofa, al parecer, el chistoso Cham en sus caricaturas dominicales y en sus albums. Un inglés muy conocido en todos los *boulevards* europeos, sir Samuel Steers, ha ofrecido seis armas á eleccion en su hermosa panoplia de la calle Real, por un fusil chino tan extraordinario. M. de Rouville, poseedor de una inestimable coleccion de muebles, de porcelanas y de curiosidades del celeste imperio, ha rehusado la oferta. Añádese que Julio Gerard ha solicitado el favor de ejercitarse con esta arma tan encantada como la del héroe de Weber.

La *agitacion* producida en todo el Norte por la organizacion del tiro de Vincennes, ha despertado ya en los Parisienses el deseo de poseer un tiro *permanente*, en donde un ejer-

cicio facultativo facilite perfeccionarse, y permita entrar con mas brillo en lid con los famosos tiradores que acuden del extranjero. Háblase ya de la creacion de dos establecimientos de este género, que serán verdaderas escuelas de perfeccion. Uno de ellos lo abre al público el célebre arcabucero Devisme en su finca de Argenteuil, asociado á sus amigos Julio Gerard, el cazador de leones, y Bertrand, director del *Diario de los cazadores*. El otro tiro se organizará en Enghien por el armero Caron, en donde propagará el uso de su famosa carabina que se carga por la culata. Espérase tambien que se formen compañías que logren retar á los mas diestros tiradores belgas é ingleses. Dado ya el primer impulso, fuerza es creer que se ha descubierto un nuevo elemento de entusiasmo.

~~~~~ El paseo actualmente en moda es el jardin zoológico de aclimatacion del bosque de Boloña. Hemos tenido el gusto de verle inaugurar, pero ¿podemos presagiar lo que llegará á ser con el tiempo? Una maravilla de Paris, de Francia, quizás de la Europa entera. Quién puede transportarse á la época, por ejemplo, en que el frágil arbusto colocado en el extremo de un campillo, lindo por su forma y color, llamado *sequoia gigantea* de Californias, haya adquirido su desarrollo increíble, casi mitológico, desarrollo tal, que su ramaje basta á guarecer toda una aldea y el tronco ahuecado puede servir de casco á un bastimento, por decirlo así, monolito?

Sin embargo, — y por servirme de las sensatas espresiones de uno de los directores de este magnífico establecimiento, jóven aventajadísimo en las ciencias, y que tan dignamente lleva el nombre doblemente ilustre de Geoffroy Sainte-Hilaire, — las plantas no se aclimatan como los brutos. Colocar un arbusto ó una flor en un invernadero y procurar artificialmente darla la temperatura de su pais originario no es aclimatar. Aclimatar es someter y acostumar un vegetal á las variaciones del aire atmosférico, al frío, al calor, á la humedad, á la sequía y obligarle á hacerse superior á estas influencias, en vez de envolverle en algodón ó encerrarle en una estufa. Olvídense el fuego, déjese la puerta abierta, y adios la planta.

En cuanto á los brutos, es muy distinto. La naturaleza es tan sabia en sus causas, que modifica la piel, la pluma ó los órganos de los animales segun las latitudes á que son transportados, y la accion del aire atmosférico se neutraliza de este modo, por el grado de resistencia que le opone el vellón ó el plumaje. El porvenir del jardin zoológico debe esperarse mas bien de la parte animal que de la vegetal, que está mas inexorablemente sometida á la cuestion de latitud. Puede darse calor, pero es imposible reproducir el sol, — excepto en el final del tercer acto del *Guillermo Tell* en el teatro de la Grande Opera.

Este jardin inaugurado apenas, ofrece un aliciente, un interés muy grande. Está admirablemente trazado bajo el punto de vista pintoresco, y aunque cuenta mas de veinte hectáreas, parece todavía mas vasto por la maestría con que está hecha la distribucion general. Está atravesado por un río que podrá prestarle frescura cuando haya verdaderos estíos. Los edificios, kioskos, pabellones, oteos, cabañas y otros mas variados é ingeniosamente concebidos, todo en fin, ofrece encanto y novedad. Puede verse la *roca* que es un verdadero monumento en esta clase de trabajos. El conjunto del jardin comprende sesenta parques con sus abrigos para una inmensa variedad de animales. La pajarera con sus sesenta metros de desarrollo, es quizás la mas bella de toda Europa. La estufa para la cria de gusanos de seda revestida de azulejos, brilla al sol... cuando el sol brilla, lo cual es tanto mas raro, que ante la necesidad

de la aclimatacion, todos claman como cosa indispensable que luzca el sol. El *gallinero* tiene treinta y seis patios ya en parte poblados con las mas bellas especies gallináceas. El *aquarium*, que debe funcionar pronto, es una construccion ingeniosa: la luz pasa á través del agua contenida en los receptáculos de cristal, y facilita al observador los medios de estudiar la vida y misterios de los peces. Los diferentes albergues de toda clase de animales son lindísimos, cómodos, y encierran ya á sus huéspedes asiáticos ó americanos. En este momento se está reconstruyendo el vasto jardin de invierno transportado del establecimiento Lemichez de Neuilly, y que tiene las dimensiones de una catedral. En él se ensayarán todas las aclimataciones de plantas bajo la direccion de M. Barrillet, jardinero gefe del bosque y de las plantaciones de Paris, — el cual organizó tambien todo lo relativo al jardin zoológico. Al abrigo de este establecimiento, en donde brotarán á dulce temperatura cien friolentas y exóticas hijas de Flora, encontrarán en los dias de invierno un delicioso paseo las elegantes de la sociedad parisiense y su séquito de adoradores. Mas adelante nos volveremos á ocupar estensamente del jardin zoológico de aclimatacion: limitándonos hoy á dejar consignada esta novedad y la curiosidad, y el favor público que con tanta razon escita.

~~~~~ El domingo pasado, durante un entreacto del *Barbero de Sevilla*, un caballero de unos cuarenta años, condecorado con una roseta multicolor, se aproximó á otro paseante por la sala de descanso de los Italianos y le dijo saludándole:

« — Caballero, esta mañana me encontré en el mismo wagon que usted en el camino de hierro de Paris á Auteuil... allí ocurrió cierta cosa extraña... un enigma cuya solucion desearia mucho conocer... Soy el coronel... Dispense usted que me presente por mí mismo, y si no es sobrada indiscrecion, suplico á usted me manifieste los motivos que tuvo para dirigir esta mañana tan singular apóstrofe á aquella dama... á quien dejó usted en un estado!... »

« — De véras, caballero? — dijo el interpelado — me alegro en el alma. Y puesto que el asunto interesa á usted, no tengo el menor inconveniente en explicarle el primer acto... Usted hará la gracia de narrarme el segundo. »

« — Con mucho gusto, caballero; mas puedo saber con quién tengo el honor de?... »

« — Me llamo Alberto de... »

« — Celebro la ocasion... »

« — La honra es mia... »

« — Es usted muy cortés; pero ya que están hechas las presentaciones... »

« — Hé aquí la historia. Y permitáme usted desde luego que le haga una confesion para la buena interpretacion moral de esta aventura. Nunca he tenido pretensiones hacia el bello sexo, puesto que así le llaman. Yo tengo mis afecciones: las respeto en mi propia conducta, y ningun conato de galantería hay en las atenciones que dispense á las mujeres cuando me hallo en su presencia. Artista por gusto, observador por carácter, si miro á una mujer, es para adivinar á qué clase, á qué sociedad pertenece, y si la admiro, es siempre en un sentido plástico que podria lisonjearla, pero nunca ofenderla. Hecha esta aclaracion, vengamos al asunto. »

« Llego esta mañana á la estacion del ferrocarril, entro en la sala de descanso y veo en ella á una jóven con traje negro, pálida tez, ojos y cabello castaños, fina, elegante, aristocrática. Tenia á su lado una compañera bastante ordinaria. Miro y digo para mí, siguiendo un hábito contraído para matar el tiempo en los wagones: ¿quién diablos podrá ser? »

Ábrese la puerta de la sala, diríjese el tropel de viajeros al tren, y la casualidad, sólo la



casualidad, me lleva al mismo wagon en donde estaba ya la dama de traje negro con su compañera.

Llevaba conmigo algunos periódicos: después de haberla mirado algunos momentos, con mesura, con las precauciones necesarias para no molestar á una señora que está enfrente de uno, despliego un periódico y me pongo á leer, mas interesado en el estudio de las cosas de Italia que en el de las de mi desconocida. Apenas pongo mi rumbo hacia Italia, cuando oigo á la dama de lo negro decir á su vecina:

« — *Atete visto quel impertinente?* »

« Una mirada, sorprendida, el magnetismo, yo no sé qué, me persuade que es de mí de quien hablan. Chocado de este proceder, no habiendo en verdad motivado este apóstrofe, finjo no comprender, sumiéndome en la lectura y decidido á no dar el menor pretexto de queja á la susceptibilidad de la dama. Leo dos ó tres periódicos, y al cabo no es poca mi pesadumbre al ver que el paraguas cojido entre mis rodillas ha podido correrse un poco y rozar sus pies. Apresurarme tal vez demasiado á retirar mi malhadado paraguas que inocentemente podía comprometerme. Volví á la lectura de mi periódico, y al poco rato volvió también mi dama de enfrente á la conversación en italiano con su compañera. A pesar mio presté atento oído á sus coloquios: mi falta encuentra su excusa en el ataque tan injusto que me fué dirigido: natural era pues que yo tratase de saber con qué clase de mujer me las había.

« — Entonces sorprendí ciertas cosillas... que revelándome una de esas existencias extrañas y tal vez sospechosas, me explicaron su poca circunspección. Pero mi asombro fué grande y no dejé de ofenderme cuando ví que la pálida dama decía á su compañera:

« — *Quanto me dispiace quel'huomo!* »

« — *Il quale?* — preguntó la otra.

« — *Quello* — respondió — y sorprendí un leve movimiento por el cual me designaba...

« — Parece increíble! — interrumpió el coronel — ser insultado sin razón... sin pretexto... porque noté muy bien que, engolfado en la lectura de los periódicos, no prestó usted la menor atención á aquella dama. Quién sabe? Quizá era esa la razón porque usted le desagradaba! »

« — No me atrevo á presumirlo! mas lo que puedo decir, corroborando la observación de usted, es que me fué en extremo desagradable la media hora pasada frente á esa... « impertinente » y que el temor de encontrar sus miradas ó de parecerla que me ocupaba de ella me obligó á prolongar mi lectura política mas de lo justo, y á clavar mis ojos al través de los cristales en los tristes bordes de un camino encajado en los desmontes. Sin embargo, no dejé de sorprenderme la estrechada imprudencia de la dama pálida y vestida de negro que aventuraba al aire sus ofensivas impresiones y sus confidencias íntimas en una lengua tan conocida como la italiana y la preparé una leve venganza.

« — En efecto, llegado á la estación en donde debía apearme, clavé con intención la vista en el rostro de la dama y la devolví palabra por palabra su apóstrofe incivil:

« — *Quanto mi dispiace questa donna!* »

« — Con lo cual salí. Ahora le toca á usted, caballero, referirme lo restante.

« — Ah, sí, el segundo acto! — dijo el coronel. Puede usted comprender la estupefacción de la dama al oír este contra-apóstrofe, que no pude comprender por de pronto. Y en efecto, póngase usted en mi lugar. Veo á un caballero que se obstina en la lectura de los periódicos con una tenacidad sin igual, de repente se pone en pie para salir y lanza un dardo envenenado á una mujer en quien no había fijado su atención. Desde luego dije para mí: está loco! »

« Pero volvamos á la dama. Si á usted le

había parecido pálida, entonces, se volvió lívida al escuchar el apóstrofe! Y ahora comprendo su asombro, su espanto! Había insultado, traidoramente á un caballero que en nada la había faltado y en una lengua que creyó desconocida para él... Había empleado locamente la misma lengua para hablar de sus asuntos particulares... y debió comprender repentinamente que el mismo á quien había ofendido era dueño de algun secreto. Se explica su terror!

« — Qué tiene usted, señora? — la dije, creyendo todavía que quien acababa de salir era un loco. — Ha insultado á usted ese caballero? »

« — No... no... *Dio mio!* — Y sin darme otra respuesta se volvió hacia su compañera y la habló con cierta emoción fácil de comprender por el tono de su voz. Juzgue usted por esto si deseaba saber la solución de este enigma singular, tanto mas, cuanto que, como usted sabe, la dama era linda, distinguida, elegante... y que podía esperarse de ella...

« — Quién puede ser? Una italiana... tal vez, si no es una parisiense que hable italiano... fuera de tiempo. Sea como quiera, celebro que la lección... »

« — Muy original! »

« — Haya surtido efecto. Y celebro mas todavía que este incidente me haya facilitado el honor de... »

« — La honra es mia, caballero, — interrumpió el coronel, — y al contrario agradezco á la casualidad... »

« — Es usted muy amable... »

Y la introducción del segundo acto del *Barbero* cortó el hilo de este coloquio singular.

El regreso á sus penates de los excursionistas de París ha sido marcado por una cena que dió un opulento y pródigo español habitante del barrio de la Magdalena. Este español no es el señor García, el cual ha cosechado en Hombourg la bicoca de dos millones trescientos mil francos ganados en pocas semanas. Cítenos de este personaje un hecho curioso. Una noche, á eso de las nueve, al dejar el juego, se fué á la sala de refacción y pidió una perdiz asada: como esta se hiciese esperar, el señor García dijo:

« — Mientras llega la perdiz voy á echar un par de manos al treinta y cuarenta! »

Fuese pues... y cuando creyó que la perdiz estaba en sazón, volvió — con sesenta mil francos ganados en dos golpes. El mozo sacó veinte francos de propina. (Nota. — Esta última circunstancia no es precisamente auténtica, ni fidedigna... pero sí verosímil, si hemos de suponer que el señor García es pródigo en lo demás como en el juego.) Volvamos al otro español.

Había convidado á varias damas y caballeros: exóticos éstos, indígenas aquellas. Sentáronse á la mesa á la una de la mañana. Nada tengo que decir de la cena y acaso tampoco debería decirlo de lo demás; pero se empeñan en decir que el lema del cronista es « *castigat ridendo mores* » Así pues, castigemos.

Concluida la cena, se pasó al salón y se habló de juego. Las damas formaron coro para repetir estas palabras que no son de Scribe; Olvidé el bolsillo! Al punto y á un campanillazo del dueño de la casa, se presentó un lacayo en gran librea, trayendo una vasta bandeja de plata cargada de monedas de oro.

« — Siéntense ustedes, señoras, — dijo el compatriota del millonario García. — Aquí hay municiones! »

Obedecióse la orden, y la bandeja circuló rozando los escotados hombros y las manos diestras y adestradas de las damas, (quienes sintieron por primera vez en la vida tenerlas tan pequeñas), se hundieron y crisparon entre las doradas ondas de este improvisado Pactolo hasta agotarse. Mas el dueño de la casa, tan fastuoso en su iniciativa, se formaliza al ver

unas damas tan faltas de tacto y de dinero y las dirige una amonestación que, aunque formulada en español, se hace comprensible por los gestos del predicador. Una de aquellas angélicas criaturas, quizá la de manita mas pequeña, se amostaza y pone el grito en el cielo quejándose de mal trato. Esta fué la señal de insurrección. Los caballeros se alistan, quienes en pró, quienes en contra del huésped, y con auxilio de los vapores del Oporto, se armó tal zarracina, que á las voces, al tumulto, á tan tormentoso estrépito, acudieron los vecinos al lugar de la escena, lamentándose de que así se les turbase su profundo sueño á deshora. El anfitrión no tuvo mas remedio que dar á cada convidado su pasaporte al exterior á las tres de la mañana: reinaba sobre la ciudad friolenta una aguda brisita nordeste que penetraba la médula de los huesos, y las palomas nocturnas, con los bolsillos atestados de oro, no encontraron un solo vehículo para volver á sus algodoados nidos. Tal fué esa cena en donde las mujeres representaron la parte francesa y la piratería, cena de que se habló anticipadamente tanto como, hace seis meses, de la célebre fiesta dada en los *Hermanos Provenzales* por M. Bichoffsheim y sobre la cual se pudo con justicia parodiar aquello de

Las bodas fueron muy buenas  
Mas las tornabodas malas.

Hace muchos años, el director de una grande escena lírica daba también una cena en honor de la celeberrima Fanny Elsler. Á los postres, presentaron un canastillo que contenía diversas alhajas, — para las señoras — porque la mesa estaba vistosamente circundada de bello sexo. La célebre bailarina, á quien presentaron el canastillo en primer lugar, escogió modestamente una sortija de un luis... pero una tal Adelina Corniquet, convidada por sus lindos ojos, echó el guante á un brazalete de mil escudos destinado á la ilustre bailarina, reina del festín. El fastuoso anfitrión la previno sigilosamente por medio de un lacayo que la convenia tomar el portante. Obedeció la ninfa, pero sin olvidar el brazalete. Al día siguiente, el empresario le envió á pedir, acompañando la misiva con un billete de quinientos francos, porque el brazalete tenía una inserción esmaltada que no podía aplicarse á la jóven Corniquet, y la alhaja volvió á su primer destino.

Un hijo del imperio moscovita nos refirió dias pasados la siguiente historia relativa á la sordera:

Pablo I habia sido atacado de esta enfermedad en los últimos años de su vida.

Tanto, que el buen emperador de todas las Rusias estaba sordo como una tapia.

Un dia que se hallaba solo en su gabinete, entró un edecan para hablarle de cierto asunto de interés. Da principio, sombrero en mano, á su relato... pero creyendo que el Czar oye mejor, se interrumpe, y, cojiendo esta ocasión por los cabellos para hacerle la corte, le dice:

« — Veo con gusto que Vuestra Magestad oye mucho mejor. »

« — Eeh!... qué dices? — responde Pablo I. El oficial, alzando un poco mas la voz, repite exactamente la misma frase.

« — A la otra puerta: »

« — Quéeee?... háblame mas alto, que no te oigo! — responde el adulado enfermo.

Entonces el edecan, aspirando toda la cantidad de aire que podian contener sus pulmones, grita con un tono de voz que hace retemblar las paredes de la pieza.

« — ¡Digo que veo con placer que Vuestra Magestad está hoy mucho menos sordo! »

Esa vez Pablo I entendió perfectamente; pero, tomando la cosa por donde quemaba, puso en manos del bromista, ó mejor dicho del imprudente, un pasaporte para Siberia.

¡Andense ustedes en bromas con los sordos!

JULES LECOMTE. — (Trad. A. L. de B.)





Capitán de la guardia palatina.

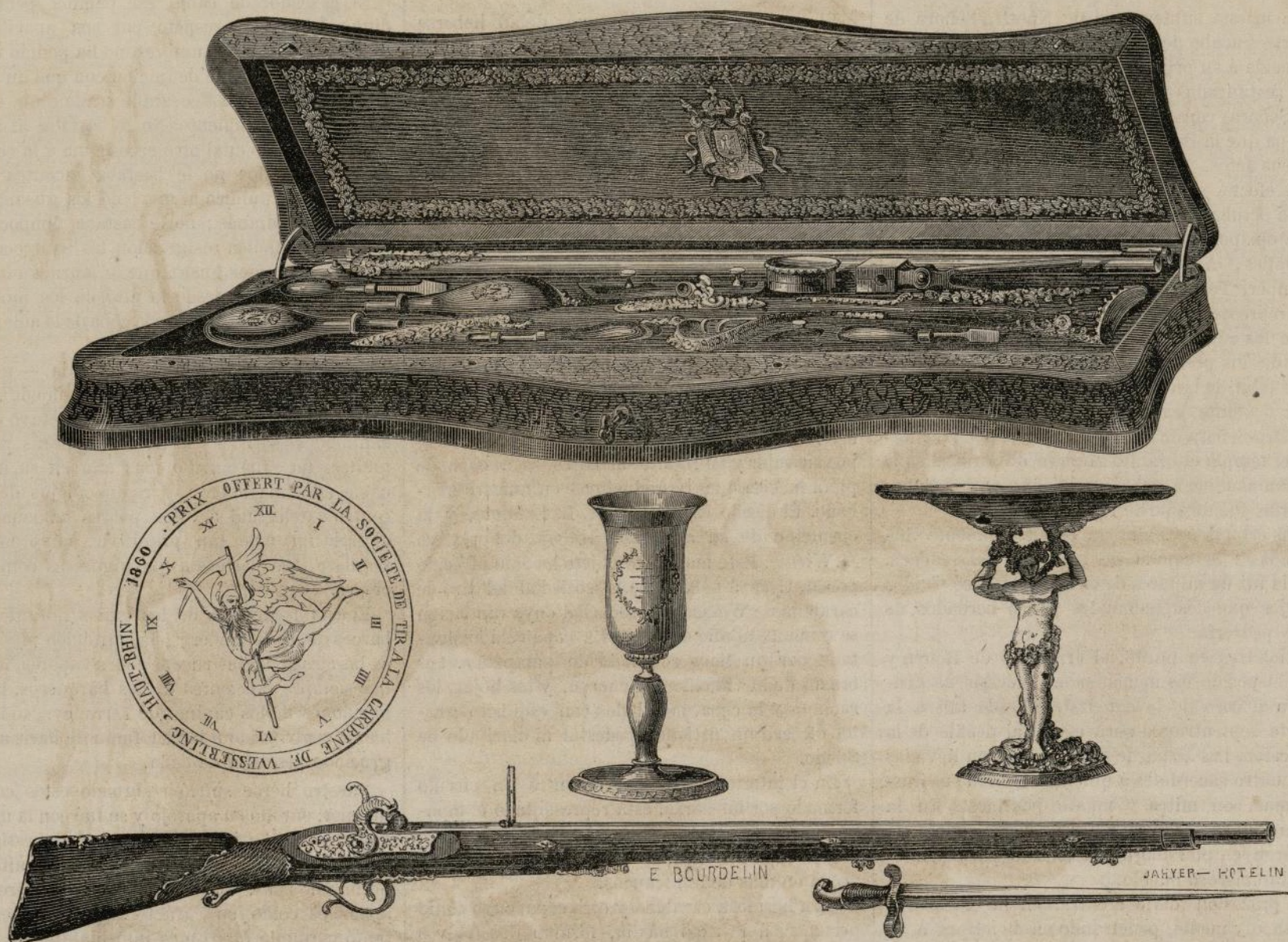
Capitán y soldado del segundo regimiento de caballería ligera.

Tambor, porta-estandarte y oficial de la guardia suiza (guardia particular del papa).

Oficial, porta-estandarte y trompeta de la guardia-noble (guardia particular del papa).

Principales uniformes del ejército pontificio. (De un diseño de la vizcondesa de Fabi.)





## PREMIOS PRINCIPALES DEL TIRO NACIONAL DE VINCENNES.

Premio ofrecido por el emperador: Una magnífica escopeta con la culata ricamente esculpida, con incrustaciones de plata y oro en los cañones, y encerrada en una caja de encina llena de ricas labores, con guarniciones de acero cincelado y forrada de terciopelo bordado de oro. —Copa regalada por la Sociedad de Wesserling (Alto Rhin). Copa ofrecida por la Sociedad de carabineros de Saint-Amarin (Alto Rhin). — Carabina dada por la Sociedad del tiro.



Las islas de Neuilly.

Ayuntamiento de Madrid



### CONSAGRACION DE LA IGLESIA SUBTERRÁNEA DE CHARTRES.

La iglesia subterránea de Nuestra-Señora de Chartres acaba de ser consagrada al culto y restablecida á su primer esplendor. Las criptas han sido restauradas y el altar subterráneo de Nuestra-Señora consagrado con toda la imponente pompa que la Religión cristiana despliega en todos sus actos.

Al efecto, se reunieron en el santuario el día 17 de octubre el señor arzobispo de Rouen y los doce obispos de Poitiers, Laval, Leer, Grenoble, Versailles, Angers, Blois, Beauvais, Evreux, Quimper, Toronto y Chartres, como también varios representantes de diversas órdenes religiosas, entre los cuales se hallaba el superior de la orden de los premonstratenses, revestido con su traje talar de lana blanca.

No obstante las gigantescas proporciones de Nuestra-Señora de Chartres, apenas podía contener el templo el infinito número de personas que habían acudido á escuchar la elocuente palabra de M<sup>r</sup>. Pie, obispo de Poitiers.

Las criptas se hallaban espléndidamente iluminadas: la capilla de la Virgen resplandecía con la luz de millares de cirios, y con los vívidos reflejos que destellaban los paños bordados de oro y pedrería.

A las tres en punto, el arzobispo de Rouen y los obispos de las mencionadas diócesis se dirigieron al coro de la catedral, y desde allí á la puerta septentrional para asistir al desfile de la procesion. Las andas de la Virgen fueron llevadas por cuatro sacerdotes á quienes seguían sus ilustrísimas con mitra y manto pontifical. En la plaza Billard, las dignidades de la Iglesia se detuvieron en una magnífica estrada para bendecir al numeroso pueblo.

La procesion volvió á entrar en la catedral á las cinco y media, penetrando en la cripta á la luz de las antorchas.

Nuestro grabado reproduce el magestuoso desfile de esa procesion en el momento en que el resplandor de los cirios daba un carácter mas severo é imponente á la espléndida ceremonia.

MÁXIMO VAUVERT.—(Trad. F. de la V.)

### NUEVOS PREMIOS EN EL TIRO NACIONAL DE VINCENNES.

El tiro nacional de Vincennes debió haberse cerrado el jueves 8 de octubre; pero habiendo recibido la administracion importantes donativos, decidió que los nuevos premios fueran disputados el viérnes, sábado y domingo de aquella misma semana.

El premio ofrecido por el Emperador consiste en una magnífica escopeta, fabricada en los talleres de M. Gastinne Benette. Sobre la culata, admirablemente esculpida, se hallan trazadas varias escenas de caza. Las incrustaciones de oro y plata, así de la caja como de los cañones, son del mas acabado trabajo, y el guardamonte, martillo y demas piezas, ostentan admirables y delicadas cinceladuras. En cuanto á la caja y sus accesorios, son verdaderas obras maestras de ebanistería.

Entre los diversos objetos de arte ofrecidos á la destreza de los tiradores, es digna de mencionarse, por su valor y su mérito artístico, una copa de plata maciza que reproducimos en nuestro grabado. El diseño es obra de M. L. Lalanne, y la ejecucion de su admirable trabajo del platero M. Wiese. Este magnífico objeto ha sido ofrecido por M. Gras á nombre de la sociedad del tiro de carabina de Wesserling, sociedad cuya fundacion se remonta al año de 1846. La copa está sustentada por un Baco coronado de pámpanos. Los brazos de la vid ciñen su cuerpo, y las hojas, los racimos y la cepa, mezclados con esquisito gusto, ofrecen un artístico pedestal al discípulo de Sileno.

En el interior de la copa, y entre un círculo formado por las horas, está representado el tiempo, que vuela para no volver jamás.

Esta copa artística, de una labor admirable, se valúa en mas de mil francos.

Otra hermosa carabina y otra copa, cuyo estilo pertenece á la edad media, forman dos nuevos lotes.

Estos objetos de arte serán un poderoso estímulo para la guardia nacional de Paris, llamada esta vez á disputar los premios.

MÁXIMO VAUVERT.

(Trad. F. de la V.)

### LAS ISLAS DE NEUILLY.

El pescador de caña, ese pacífico personaje digno del mayor respeto por sus apacibles y casi patriarcales costumbres, no ha podido reivindicarse de la terrible definicion con que un autor malignamente cáustico grafó su inocente é inofensivo entretenimiento. No le bastaba al infeliz verse amarrado cual otro ecce-homo á la columna del ridículo; no le bastaba encontrarse en concepto del público al nivel de los gusanos sus víctimas cotidianas; no le bastaba tampoco sufrir con evangélica resignacion los equívocos, no siempre del mejor gusto, que le lanzaban los paseantes zumbones desde lo alto de los muelles: —Era preciso que apurase la copa de la amargura hasta la última gota.

La persecucion contra esta cofradía, — modelo de mansedumbre y verdadera escuela donde se formaban excelentes maridos, — no se detuvo en las definiciones satíricas ni en las palabras malsonantes, no: fué mucho mas allá en su implacable encarnizamiento, arrojando lejos de todo centro intelectual á estos pobres aficionados á ejercer un arte tan primitivo, cuyo manejo requiere mas paciencia que vigorosas combinaciones.

El establecimiento de los baños flotantes, los barcos de las labanderas, la agitacion producida en las aguas por las ruedas de los vapores, las pulas siempre crecientes de los barqueros, las inmersiones de los caninos de Terranova, todo esto habia contribuido á lanzar fuera de Paris al desgraciado pescador de caña.

Nuestro héroe sufrió resignado estos contratiempos, enrolló su aparejo y se fué con la música á otro parte. A dónde?... Su espíritu investigador le hizo descubrir cerca del puente de Neuilly dos hermosas islas, verdes, sombrías y sobre todo apacibles como su carácter. No se necesitaba tanto para que *las echara inmediatamente el anzuelo*. Bajo la sombra protectora de los copudos árboles, ocultaba de la vista de sus enemigos su humanidad perseguida, y dominaba como rey absoluto en aquellas silenciosas y tranquilas riberas de musgo y de retama. Su paciencia, esa noble virtud en él característica, obtenia triunfos

## FOLLETIN.

### VELADAS EN CASA DE LA MARQUESA.

#### III

#### Historias sobrenaturales.

#### Conclusion.

En aquel momento, sir Francis Nothumb fué introducido en mi aposento. Era un jóven alto, de facciones apacibles y como borradas, una figura de sueño; sus ojos, de un azul pálido y medio velados por largos párpados, parecían huir de la luz. Estaba triste y sobre todo tímido hasta el sufrimiento. Me alargó, murmurando algunas palabras en inglés, un gran pliego de papel grueso en el que se hallaban escritos, de la propia mano de Jorge Washington, mi nombre y mis señas actuales.

No habia que equivocarme. Habíamos mantenido, sobre asuntos extraños á la política, una correspondencia muy activa, desde que se retiró del poder hasta su muerte, que habia interrumpido su respuesta á mi última carta.

Rompí el sobre con mano trémula, preciso es confesarlo. La carta llevaba la fecha del 19 de agosto de 1826, y era su respuesta á mi última...

Señoras, quedé sorprendido como ustedes, quizás mas todavía. Mi primera idea fué sospechar naturalmente un osado fraude. Pero todo fraude tiene un motivo. Cuál hubiera sido el motivo del

jóven Nothumb? Era extraordinariamente rico, y la carta arreglaba cuentas insignificantes, que no le concernian ni á él ni á mí.

Le pregunté de qué modo habia llegado á su poder esta carta, y casi preveía su respuesta:

«— Elena me la ha entregado, me respondió.

» — ¿Elena Caxton?

» — Seguramente.

» — ¿Antes de vuestra salida de Londres?

» — ¡Oh! sí, me dijo; en Paris la veo con menos frecuencia.»

Una vergüenza mal entendida me retenia en preguntarle si aquella Elena estaba muerta. Hice la pregunta de otro modo:

— Y piensa usted casarse muy pronto con Elena Caxton? le dije.

Miróme con cierta sorpresa, despues sus grandes ojos se llenaron de lágrimas.

No estaba loco, ciertamente, pero vivia en un mundo distinto del nuestro, y su pensamiento caminaba con extrema lentitud. Su presencia me embarazaba al mismo tiempo que su persona hacia nacer en mí el mas vivo interés. Me hallaba molesto á su lado, como lo estamos con los niños á quienes no sabemos cómo hablarles para ponerlos á su alcance.

— Es la primera vez que viene usted á Paris? le pregunté aun.

— Oh! sí, me respondió.

— Y á qué viene usted.

— A morir.

Antes que yo pudiese tomar la palabra, se estremeció y metió mano al bolsillo de su frac.

No le he entregado á usted la carta de Robert Peel! me dijo.

La carta de Robert Peel me recomendaba con mucha instancia á M. Nothumb, su primo, heredero de una inmensa fortuna y víctima de una extraña enfermedad, cuyo origen era el pesar. La carta me referia por estenso la historia de la señorita Caxton, asesinada de un balazo por una mujer. Añadia que, desde aquel momento, Francis Nothumb, presa de calenturientas alucinaciones, creía ver sin cesar á su novia, quien aun le entregaba ciertos objetos materiales. Robert Peel me suplicaba que le lanzara, aun por la fuerza, en la sociedad de algunos jóvenes que pudiesen distraerle y desechar una idea fija cuya pendiente le conduciría á la locura.

Convidé á comer á M. Nothumb. Aquella misma noche, quedó en relacion con media docena de jóvenes, escogidos con esmero, y que hubieran sido capaces de alegrar á la reina Artemisa en lo mas intenso de su dolor. Habia cumplido con mi deber, pero me plugo hacer en esta ocasion mas de lo que mi deber me impusiera, á pesar de las famosas palabras que me aplican respecto de mi celo. Vigilé á los jóvenes, les aconsejé lo que debían hacer y puse un verdadero empeño en curar al jóven inglés. Era por mi amigo Robert Peel? un poco. Por lo extraño de mi sueño? un poco tambien. Por el mismo Francis Nothumb? mucho.



admirables sobre los incautos pececillos, y le proporcionaba abundantes y sabrosas cosechas de gubios y de sargos... Mas ¡ay! las glorias de este mundo no son eternas! El feliz imperio de nuestro pescador de caña debía perecer como tantos otros!... La muerte le había señalado ya con su dedo fatídico!...

El honrado industrial del anzuelo se ve en la precision de emigrar de nuevo, de abandonar su tranquilo refugio, de dirigir un triste y último adios á sus amadas riberas!

Pero ¿quién es el enemigo que le persigue nuevamente?

Cuál es ese corazon empedernido que, celoso de su tranquilidad, le condena á no tener un pie de tierra donde sentar la planta?

Este nuevo enemigo es... — ¡quién lo creyera! la municipalidad, de Paris, esa infatigable *demonstradora* ante la cual debería encontrar gracia la inocencia del pescador de caña. Sí, la municipalidad de Paris, que para alargar las grandes vías públicas de la imperial y moderna Atenas, hace caer bajo el hacha de los obreros los árboles de las islas de Neuilly, para abrir paso á la grande alameda que un nuevo puente unirá al boulevard recién construido.

Algunos años mas, y el ornato público y el alineamiento matarán la afición del parisiense por la pesca de caña.

A. ARNAUD.

(Trad. F. de la V.)

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO).

Beyruth, 14 de octubre de 1860.

Muy señor mio:

Decía yo á usted, en mi penúltima, que el gefe druso al cual había intentado hacer una visita, me había respondido que no estaba en casa para nadie, y añadía que, á pesar de todo mi deseo de ser recibido por *Cheik-Mahmud*, me había visto obligado á dejar mi tarjeta á la entrada de su territorio, en casa de sus porteros.

Al momento de partir para Damasco, he probado otra vez forzar el santo y seña, y he conseguido mi intento.

Había concebido por este jóven una afección real, pero algo estraña, como todo lo que tiene relación con esta historia. Me visitaba á menudo su pensamiento en medio de las ocupaciones mas serias; su recuerdo me sobresaltaba tan repentinamente algunas veces, que me estremecía como si una mano hubiese tocado mi hombro ú estrechado mi puño. Si puede juzgar uno mismo su fama, me figuro que el público no me atribuye una gran debilidad respecto á las cosas sobrenaturales. Pues bien, en aquella época, veía próxima la hora en que iba á ser visionario.

El otro medium, David Hammer, el que ponía las manos en los espejos, vino á verme. Se hallaba muy pobre. Practicaba el magnetismo en las plazas públicas para vivir, y arrastraba tras sí á una infeliz que era *lúcida* y que tenía éstasis. Es necesario no dar una mala interpretación á mis palabras de desprecio: creo en el magnetismo como en todo; aun he estudiado lo que se puede estudiar de este misterio con el marqués de Puységur. El magnetismo animal es un hecho irrecusable, con el mismo título que los fenómenos de la electricidad ó de la luz; pero no creo en esos charlatanes que tocan el tambor en torno de este hecho aislado para inferir consecuencias imbéciles. Nadie puede negar que se saca fuego con un pedernal y un eslabón de acero, pero desafío, sin embargo, al mas friolento á que se caliente los pies en este caprichoso hogar. Si el magnetismo llega á ser una ciencia, lo que yo ignoro, será ne-

En primer lugar, permítame usted algunas palabras acerca de *Cheik-Mahmud* y de la organización completamente militar de los Drusos.

La nacion entera se halla dividida en tribus de cien hombres. Cada tribu tiene su gefe y su bandera. Cada gefe obedece á otro superior, cuyo partido sigue por deber, por interés ó por inclinación. Si se exceptúa la persona del rey, es la misma organización feudal de la Europa en la edad media.

Dos hombres gozan en este momento de la mayor autoridad en esta república aristocrática y guerrera. De estos dos hombres, el uno se llama *Attar-Bey*, el otro *Cheik-Mahmud*. El primero pasa por ser el brazo de la nacion, y el segundo la cabeza. Aquel obra, éste aconseja.

Uno es el *leon*, el otro el *zorro*.

Al zorro es á quien he ido á hacer visita.

El domingo, á las cuatro de la mañana, monta á yo á caballo y tomaba el camino de la montaña.

Es de moda, en Siria, teñir con henea las uñas de las mujeres y la cola de los caballos blancos. Vistos estos últimos por detrás, parecen llevar un espanta-moscas semejante al penacho de nuestros artilleros.

A medida que trepaba por el sendero pedregoso que se eleva penosamente por gradas en las pendientes escarpadas del Líbano, el enorme monte tomaba proporciones cada vez mas gigantescas. Veíame rodeado por montones de rocas colosales, y, por todas partes, en el estrecho horizonte, la vista se detenía ante montañas arrojadas sobre montañas. Había pasado por el valle lleno de panteras y de chacales, en el que corre el *Narh-el-Beyruth*, y que atraviesa un acueducto romano en ruinas. Había visto á mis pies, silencioso y triste como el paisaje, el desdichado pueblo de *Hamana*, huérfano de sus habitantes degollados. Desde el punto en que me hallaba, sus casas, ennegrecidas por las llamas, tenían el aspecto de unas cajas vacías cuya tapa habría sido arrancada. Despues de cuatro horas y media de marcha, llegué al primer khan druso. Salieron á recibirme unos hombres armados hasta los dientes; sus caballos, con sus sillas y sus bridas, se hallaban atados al rededor de la casucha.

cesario que haga jugar los pies y las manos para apartar al mismo tiempo la improbidad de sus adeptos mercaderes y la ignorancia de las academias.

Pregunté á David Hammer si podía hacerme ver á miss Caxton. Exigióme una buena cantidad, y me prometió que aquella vendría á nuestro llamamiento en la noche del sábado aldomingo siguiente. Tenía precisamente, aquella noche, en mi casa, calle de San Florentino, una reunion diplomática. Mi amigo Francis Nothumb vino tambien y departió con el embajador de Rusia, quien se quedó confundido de su erudicion precoz y de sus excelentes estudios filosóficos. Había olvidado decir á ustedes, señoras, que sir Francis era un pozo de ciencia y que Dugald Stewart, el ilustre discípulo de Reid, el maestro de nuestro Jouffroy y de M. Cousin, lo consideraba como un psicólogo de primer orden. Había olvidado esto, porque es este un punto en el cual me encontraréis lamentablemente escéptico: creo mucho menos en la filosofía que en el magnetismo. Veo en ella muchos hombres grandes y pequeños, muchos sistemas ingeniosos ó ridículos, pero no veo un hecho principal en cuyo rededor puedan agruparse tantos esfuerzos inútiles. Loke me interesa, Descartes me seduce, Leibnitz me sorprende; mas no me fastidia ni aun el mismo Laromiguière; empero no estoy mas por Leibnitz que por Descartes ó por Loke. Estos filósofos buscan al hombre con una linterna en la cual falta la an-

Era un puesto avanzado. Había orden de dejarme pasar. Media hora despues, entraba en el pueblo en el cual reside por el momento aquel á quien venia á ver. Al acercarme, multitud de turbantes blancos se asomaron á todas las azoteas y se elevaron de todos los cercados; evidentemente tenía yo el honor de escitar la curiosidad general. Me dirijí hácia el castillo de *Cheik-Mahmud*.

Nada se parece mas á la mansion de nuestros reyes merovingios, es decir, á un inmenso cortijo, que la habitacion del gefe druso. Fui introducido hasta su presencia; recibió mis cumplimientos con los ojos bajos, con una sonrisa modesta, y no dejó un momento su rosario, cuyas cuentas hacia pasar rápidamente entre sus dedos.

*Cheik-Mahmud* estaba vestido de negro. Es un hombre de mediano talle, mas bien flaco que grueso; habla lentamente, con voz suave y con una unción que haría honor á un eclesiástico. Su carácter vivo y astuto se adivina en su fisonomía prodigiosamente inteligente. Evita con sumo cuidado que se cruce su mirada con la de su interlocutor, y pone empeño en no mirarle nunca de frente; solamente que, cuando ve de reojo, su mirada toma una fijeza terrible: su pupila se pone aguda como una flecha y deja ver demasiado toda la crueldad implacable y fría que hay bajo aquella cubierta almibarada y benigna. La ojeriza de *Cheik-Mahmud* es una sentencia de muerte, y cuando dice:— « Querria ver la cabeza de tal hombre colocada sobre la punta de aquella roca, en el ángulo de tal sendero, » da á entender que no tiene necesidad de repetir su deseo, y que, al día siguiente, la ensangrentada cabeza le espera en el lugar y á la hora indicados.

Tal es el hombre que ha adquirido una enorme influencia entre los gefes drusos. *Cheik-Mahmud* no es solamente un guerrero temible, un político astuto, un agricultor entendido, sino un especulador de primera fuerza. Júzguese si no por lo siguiente:

Vinieron á proponerle en mi presencia que alquilara algunos camellos para las obras del camino de Damasco. *Cheik-Mahmud* oyó las proposiciones sonriéndose, con los ojos siempre fijos en su rosario; despues pidió 70 piastras por día y

torcha, y nuestra filosofía actual, la jóven y bella escuela ecléctica, reuniendo en la mano todas estas linternas sin bugía, sube por una cuerda tirante, baila con mucho aplomo y esclama: — He encontrado por fin la luz! No llevo seguramente la gazmoñería hasta exigir de un juglar que sea honrado, pero quiero que me divierta. El nivel ha bajado en demasía entre las jentes que birlan en nuestras cátedras de profesores la moscada intelectual y moral.

El embajador de Rusia queria conducir á Nothumb á la corte de San Petersburgo; el jóven Inglés lo rehusó sin dar sus razones. Cuando le interrogué yo mismo, ví que su curacion no era sino aparente; en efecto, me respondió: Elena no me seguiría tan lejos del cementerio de Richmond...

No sé decir qué vaga esperanza tenía en David Hammer. Luego que partieron mis huéspedes, subí en coche y me dirijí á su casa. Vivía en el quinto piso de una casa vieja de la calle de San Pablo. No tenía mas de una pieza para él y su *sujeto*. Evidentemente no valía Paris tanto como Londres, en su opinion. El *sujeto*, que me pareció ser una mujer muy jóven, dormía en un mal sofá, con la cabeza vuelta hácia la pared. David me mostró su miseria con ademan noble y me dijo: Hé aquí en qué estado se halla la ciencia!

En el mundo no se pronuncia sino la palabra *libertad* mas qué la palabra *ciencia*.

David Hammer colocó las manos sobre su espe-





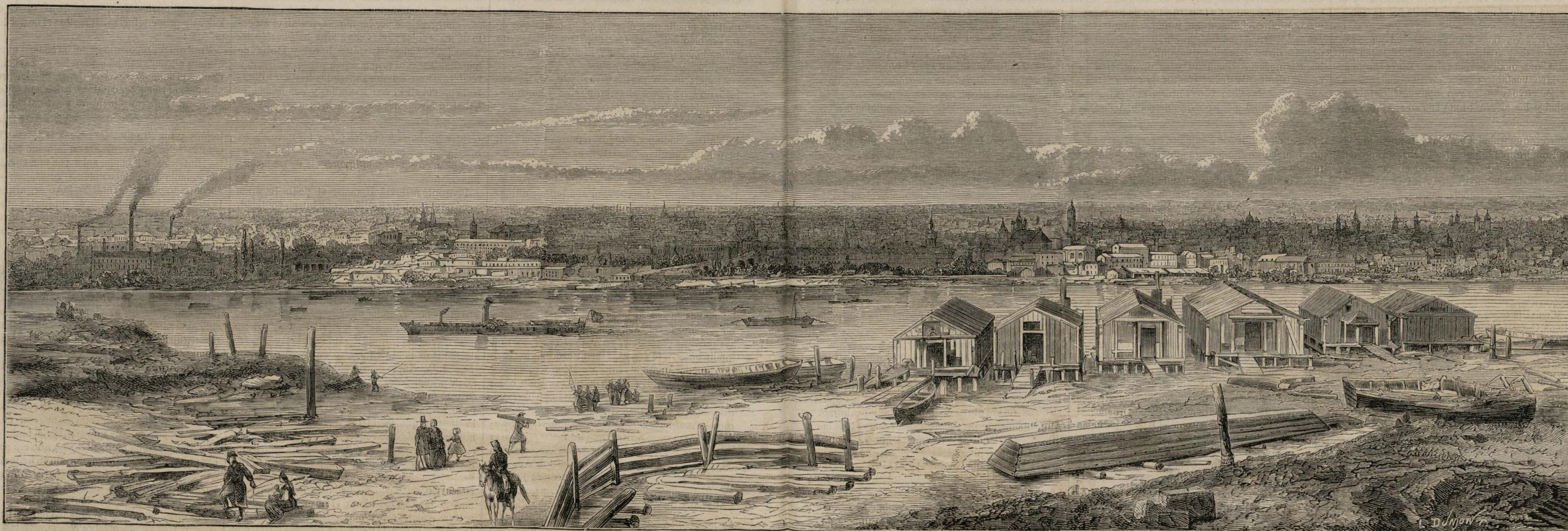
Tigre de la guardia particular del emperador de China.



Fondeadero de las flotas francesa é inglesa en la desembocadura del Pei-ho. — Conferencia de los generales en jefe, almirantes y embajadores, segun el croquis de un oficial de la expedicion.



Porta-estandarte de la guardia particular del emperador de la China.



Vista general de Varsovia. (Diseño de M. Durand-Brager.)

Ayuntamiento de Madrid



por cabeza de camello. Concluida la contrata y una vez marchados los empresarios, el cheik se volvió hacia uno de los hombres de su séquito:

«— Acabo de alquilar tus animales, le dijo.

» — En cuánto?

» — Treinta piastras.»

El hombre le besó la mano, y *Mahmud* se sonrió con mucha dulzura á la idea de su operacion financiera.

El cheik me hizo el honor de presentarme sus dos hijos. El mayor, jóven de trece años, me parece prodigiosamente alto y robusto. La espresion de su fisonomía es inteligente y sencilla; su cabeza de niño con un cuerpo de hombre. El mas jóven tiene cuatro años; se hallaba vestido con una levita negra bordada en el cuello como la de un bajá.

La política exigia que antes de separarme de *Mahmud* hiciese una visita á su hermano, el cheik *Nassif-Talahout*. Este me recibió con gran benevolencia, quejándose del poco tiempo que podia quedarme con él. Prometiome, si consentia en ir á pasar algunos dias en su compañía, regalarme con el espectáculo de una fantasía ejecutada por sus ginetes. Me guardé bien de rehusar su oferta, y nos separámos, en apariencia, los mejores amigos del mundo.

E. LOCKROY hijo.

(J. R.)

#### VARSOVIA.

En este momento, tres poderosos soberanos del Norte se hallan reunidos en la capital de la Polonia rusa.

El emperador Alejandro II, que llegó el 20, se ha apeado en el palacio del Belveder; el príncipe regente de Prusia en el palacio Lazienski y el emperador de Austria en el palacio de Pobergé.

Segun se ve, no faltan palacios en Varsovia. Las casas de príncipes se hallan mezcladas allí con las mas modestas casuchas. Este aspecto da una idea bastante exacta de aquella sociedad rusa, en cuyo seno se ven representados la feudalidad y los siervos; unos con su suntuoso or-

gullo, los otros en su infima miseria. El palacio Poniatowski, llamado hoy la Academia, es uno de los monumentos mas notables. En su recinto, construido segun el modelo del Palacio Real de Paris, se hallan la Lonja, la Aduana y tres ó cuatrocientas tiendas.

Un puente muy hermoso de piedra, echado sobre el Vístula, y sobre el cual se eleva la estatua de Juan Sobieski, pone en comunicacion á Varsovia con Praga, uno de sus arrabales.

Su importancia y su rango de capital de la Polonia, no datan mas que del reinado de Segismundo II, el último de los Jagellons que, en 1569, reunió definitivamente la Lituania á la Polonia.

Tomada por Carlos II; saqueada en 1794 por Suvarow; pasada á manos de la Prusia en una primera reparticion; emancipada por Murat en 1806; para convertirse en capital del ducado de Varsovia, creado por Napoleon en favor del rey de Sajonia; caída, en 1815, bajo el yugo de los Rusos; sublevada y reducida en 1831; levantada y bombardeada de nuevo, en 1848; Varsovia ha sufrido todas las pruebas, ha llorado todas las desgracias y los pueblos la saludan como á la Niobé de las ciudades modernas.

MAC VERNOLL.

(J. R.)

Fondeadero de Petang, 15 de agosto de 1860.

Muy señor mio:

Partimos, el dia siguiente al envio de mi última carta, para la desembocadura del Pei-ho. Al otro dia de hacernos á la vela, encontramos á la escuadra inglesa y las dos flotas escogieron su fondeadero. Los generales y los embajadores se reunieron para convenir en las medidas del desembarco, cosa muy difícil de operar con buen éxito, á causa de la naturaleza de los terrenos que circundan al golfo y que son muy fangosos. Estando todo dispuesto, las cañoneras, despues de haberse adelantado un poco, tomaron las chalupas al remolque y se dirijieron á la costa. Remito á usted el croquis de esta partida, que ha escitado un vivo entusiasmo entre las flotas. En aquel momento tan deseado, todas las

tripulaciones cubrian los parapetos y los obenques de sus navíos, saludando con los gritos de *Viva el Emperador!* á sus compañeros de armas que iban á pedir á los Chinos una reparacion por el injusto ataque con que acojieron, el año pasado, á las flotas aliadas en la desembocadura del Pei-ho.

El mando de las cañoneras habia sido confiado á M. Bourgeois, capitán de navío. El almirante Charner se hallaba en el *Kun-Chin* con todo su estado mayor. Velase figurar tambien una de las pequeñas chalupas-cañoneras que vinieron de Francia en el *Weser*, y que habia sido montada en Chu-Foo; lleva el número 27. Concluidos estos detalles, — para esplicarle á usted el croquis, — las cañoneras se pusieron en movimiento. Trábase de tomar los fuertes del Pet-Hang, y tener de este modo un punto de desembarco seguro para el material y el resto de las tropas. (El Pet-Hang es un riachuelo distante siete millas del Pei-ho.) El desembarco se efectuó en una bahía situada entre el Pei-ho y el Pet-Hang. Una vez en tierra la infantería, las cañoneras avanzaron bajo los fuertes. Viendo los Chinos flanqueada la posicion y que se les amenazaba por todos lados, evacuaron sus atrinchamientos; el desembarco se operó, pues, los dias siguientes sin el menor embarazo. En un reconocimiento de dos mil hombres, hecho un dia despues por el general Collineau, se descubrió un campo atrincherado que contenia veinte mil Tártaros. Tuvimos en este encuentro diez hombres heridos lijaramente, y el enemigo sufrió pérdidas considerables.

Hos hallamos anclados muy lejos de tierra, y no he podido ver los fuertes de Pei-ho sino á distancia. No obstante, desde los mástiles se ve lo suficiente para poder apreciar los detalles. Las fortificaciones son formidables y están perfectamente construidas; he contado ocho fuertes que tienen una estension considerable y gran cantidad de troneras; pero ahora que las tropas se hallan en tierra, es muy probable que los Tártaros no resistirán á nuestro ejército.

El aspecto de la rada es magnífico, y no creo que, desde el desembarco en Crimea, se haya visto mayor número de buques; las flotas combi-

jo; pienso que trabajó lo mejor que le era posible por el dinero que le habia yo dado, pero no apareció nada. El espejo se obstinó en no reflejar sino los dedos del evocador y mi propia imagen. El desgraciado sudaba sangre. Llegan á ser de buena fé. Los ojos se le escapaban de sus órbitas. Todo era en vano: miss Caxton no queria abandonar aquella noche el cementerio de Richmond.

— Es necesario proceder de otro modo, dijo Hammér; y exclamó con tono de amo: Elena!

Lo extraño de este llamamiento me hizo estremecer. Oí al mismo tiempo cierto ruido detrás de mí, y volví la cabeza con la idea de que iba á ver á Elena Caxton. Era el sujeto que se levantaba sobresaltado á la voz de su señor. — Pero el sujeto era Elena Caxton!

Por lo menos, el sujeto era positivamente la jóven que yo habia visto en mi sueño, la noche que recibí por primera vez la tarjeta de Francis Nothumb. Dí un grito de sorpresa y retrocedí, mientras ella se encaminaba hacia mí. El sujeto puso su rostro en plena luz para mirarme. Era una bella criatura de facciones cansadas y pálidas. Llevaba en medio de la frente una cicatriz muy visible, redonda como el agujero de una bala.

Señoras, no quiero que vean ustedes una cosa sobrenatural en donde no la hay. Esto no era una resurreccion, sino solamente una coincidencia extraordinaria. Antes de salir del cuarto de David Hammer, quedé enterado de este punto: El

nombre de familia de Elena era Ordener; era hija de un mendigo irlandés que ganaba su vida poniendo puentes volantes sobre los arroyos, durante los aguaceros, en las calles de Lóndres. Habia sido obrera aplanchadora, y su herida le venia de un hierro de encañonar, que le habia lanzado una de sus compañeras, al sacarle de la estufa.

Habia en Paris una persona respetable, la baronesa Lawton-Percy de Crosscaim, que se interesaba como yo por sir Francis Nothumb. Fuí á consultarla al dia siguiente. Cuando hubo oido el relato de mi estraña aventura, me dijo:

— Queda que saber si la semejanza es real, pues no ha visto usted á la verdadera Elena sino en sueños.

Lo justo de esta observacion me convenció.

Esta duda no se me habria ocurrido por sí sola, tan imbuido me hallaba ya en una confianza que es contraria á mi naturaleza. Al momento fuí asaltado por una ardiente curiosidad. Necesitaba una prueba. Hice venir á Elena Ordener al jardin de mi casa, y la enseñé el papel que debia representar, el cual consistia en pasar solamente por una avenida descubierta y penetrar despues en un bosquecillo. Yo me coloqué en una ventana, cerca de sir Francis Nothumb, y entablé con él una de esas conversaciones científicas que tenían el privilegio de cautivarle. La jóven pasó mientras él hablaba, sosteniendo una de sus tesis favoritas. Se puso pálido al verla, murmuró algunas palabras, despues se detuvo de repente.

Víme obligado á abrazarle para impedirle que saltara por la ventana.

Esto no me sorprendió. Tenia de antemano la certeza de que existia la semejanza. Le pregunté sin embargo lo que habia visto. Me respondió, y hé aquí lo que me sorprende:

— Querido príncipe, siento volverme loco!

Porqué esta idea de locura ahora, pues se hallaba acostumbrado hacia mucho tiempo á sus visiones?

El enigma debia tener su funesta explicacion.

A partir de aquel dia, sir Francis Nothumb se puso mas triste y se alteró su salud. La excelente baronesa, aterrorizada y buscando un puerto de salvacion, me dijo una tarde:

— Si resucitáramos á Elena?...

Comprendí á media palabra. Era un espediente novelesco y atrevido; pero era tambien, en todo el rigor de la palabra, un medio desesperado. Elena Ordener, en efecto, segun todas las apariencias, no era digna de llamarse lady Nothumb. Aun suponiendo que fuese posible vencer todas las dificultades legales y religiosas que se oponen precisamente á una superchería de este género, no era peor el remedio que el mal?

Vacíle — pero sir Francis cambiaba palpablemente...

Dí doscientos lises á David Hammer y conduje á mi casa á Elena Ordener, que era una verdadera salvaje de Lóndres, ignoraba el bien y el mal, no sabia la significacion de la palabra honor



nadas deben tener al menos doscientos bastimentos. No he bajado todavía á tierra, pero espero poder enviar á ustedes algunos croquis interesantes por el próximo correo.

Reciba usted etc.

Por extracto: MAC VERNOLL.

(J. R.)

#### EL CONDE DE PERSIGNY Y LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO.

Algunos de nuestros lectores quedarán tal vez sorprendidos cuando les digamos, que el antiguo ministro y miembro del consejo privado, hoy embajador de Francia en Londres, ha escrito acerca de las Pirámides de Egipto; pero nada hay, sin embargo, mas cierto! Prisionero político en el año de 1845, á consecuencia de acontecimientos que nadie ignora, — y cuyo relato no es de este lugar, — M. de Persigny, encerrado en las murallas del fuerte de Doullens, buscaba en los estudios científicos é históricos un recurso contra el hastío de sus largas horas de cautiverio. Un detalle de estos mismos estudios llamó un día su atención sobre los estragos producidos por ese terrible mar de arenas que agita el Simoum. Ciudades sepultadas, rios completamente cegados, fértiles territorios convertidos en tristes eriales: tales eran los desastres que la historia del pasado ofrecía al porvenir.

El ex-prisionero de Doullens, hoy embajador de su antigua carcelera, la Francia, se puso á reflexionar, desde sus primeras investigaciones, acerca de los altos muros que las ciudades del litoral occidental africano pretendieron tantas veces oponer á la invasion del Sahara, sin conseguir nunca su objeto, porque siempre la irrupcion de las arenas concluía por allanar el obstáculo. A consecuencia de estas reflexiones, ocurrió á M. Persigny la idea, de que no ofreciendo estas murallas sino un abrigo limitado ú insuficiente, acaso aquellos misteriosos pueblos establecerian otro género de diques, como por ejemplo cuerpos aislados, de una forma particular, dispuestos y distribuidos segun ciertas leyes nacidas de la es-

periencia. Esto le bastó para sospechar el destino posible de las Pirámides.

M. de Persigny se dedicó asiduamente á examinar el valor moral de su hipótesis antes de hacerla objeto de un estudio científico. El profundo misterio en que permanece envuelto el verdadero destino de esos colosos de granito, no obstante las repetidas y minuciosas investigaciones que se han hecho para resolver el enigma, prestaba cierto apoyo á esta nueva idea. Compréndese desde luego que el terrible flujo y reflujo de ese mar de abrasadas arenas, impondría por necesidad la adopcion de grandes remedios. Estas primeras aunque vagas presunciones conducian á buscar otras que las completasen, y M. de Persigny puso manos á la obra con todo el afán de un hombre sabio y emprendedor que imagina tener el primer hilo de un gran secreto, cual es el en que yace la grande esfinge del desierto que ofrece á las edades modernas un enigma envuelto en los tenebrosos pliegues de cuarenta siglos.

El resultado hasta hoy de las investigaciones de la ciencia no ha sido otro que la suposicion de que esas montañas artificiales — para cuya ereccion se necesitaron sin duda mas trabajos, gastos y material que para construir la mayor de nuestras ciudades modernas — estaban destinadas á servir de sepulcros, á defender una momia real contra la mano destructora del tiempo. La ciencia se dijo: « Las pirámides encierran ataúdes, luego las pirámides no son otra cosa que gigantescos sepulcros. » Pero esta opinion no fué jamás admitida sino á falta de otra mas verosímil: preciso es por lo tanto recurrir á una nueva luz para penetrar en un secreto que se abisma en cuatro mil años de silencio y de tinieblas. Muchos sabios ilustres, no viendo en el uso funerario del interior de las pirámides, sino un destino accesorio, continuaron siempre en la duda sobre el verdadero que pudieron tener esos gigantes del desierto, aunque persuadidos de que debian encerrar un misterio mas científico que religioso. Diderot, Bailly, Jomard, y casi todos los miembros del Instituto Ejipto son de este parecer, ó mejor dicho, tienen esta conviccion.

Tales ideas condujeron, pues, á M. de Persigny

á examinar el misterio por el lado científico, y se dedicó al estudio de su problema con ese ardor que anima á todos los Cristóbal Colon del orden moral y material.

Un primer obstáculo vino á desanimar al prisionero. Ignoraba la exacta situacion geográfica, ó mas bien topográfica de las pirámides, y este conocimiento era de absoluta necesidad como base de sus investigaciones. Es indudable que si las pirámides estaban destinadas á proteger el valle del Nilo de la irrupciones arenosas deberian satisfacer rigurosas condiciones de situacion, orientacion, etc. Por ejemplo:

Hallándose el Egipto situado entre las dos cordilleras (líbica y arábica) que le separan, la una del mar Rojo, y la otra de los arenales africanos, las pirámides deberian encontrarse en la solucion de continuidad que dejan las montañas para servir de antemural á las invasiones del Simoum, completando la linea de defensa precisamente á la entrada de las gargantas que desembocan del Desierto sobre la vasta llanura del Nilo.

Una multitud de hipótesis nacen de esta condicion capital; pero no teniendo en su prision M. de Persigny los útiles y documentos necesarios, le era imposible ir mas adelante, porque una sola palabra, un simple golpe de vista sobre el mapa topográfico podia destruir un sistema, anular todas las presunciones y dar por inútiles muchos dias de trabajo. En este apuro, una circunstancia inesperada vino á ofrecer al investigador los medios de salir de dudas. M. de Persigny cayó enfermo, y el conde de Duchâtel autorizó entonces la traslacion del prisionero político á una casa de sanidad de Versalles. Esta nueva residencia favoreció las pesquisas de M. de Persigny, quién, habiéndose proporcionado en ella cuantos materiales necesitaba para su objeto, descubrió con placer que la situacion geográfica de las pirámides correspondia exactamente á sus conjeturas é hipótesis.

En efecto, aquellos misteriosos monumentos se hallaban colocados en el límite del desierto líbico, á la entrada de las gargantas, sirviendo de continuacion artificial en el punto mas peligroso al

y conocia muy vagamente el nombre de Dios. No hay en el universo entero mas de un abismo sin fondo: es la barbarie de la miseria. El que encienda una antorcha en aquellas tinieblas atroces espantará al mundo. Elena Ordener era hija de esos limbos horriblemente paganos, pero no abrigaba ninguna maldad en el corazon; tenia al contrario un alma naturalmente dulce y sumisa. La coloqué en casa de lady Lawton-Percy, quien se encargó de instruirla y de transformarla en criatura humana. El tiempo apremiaba, sir Francis Nothumb parecia un fantasma.

Preparámos una entrevista. Su espíritu se hallaba tan débil, que no le causó la menor sorpresa. Tentó con el dedo la cicatriz y permaneció mucho tiempo sentado junto á Elena Ordener sin hablar.

— Vale mas casarnos antes que yo muera... ó despues? murmuró el jóven.

— Pues que os ha sido devuelta, Nothumb, dijo la baronesa, porqué pensar aun en morir?

— Ah! no lo sé... dijo; he sufrido mucho!... hace tiempo que espero!

Perdí la esperanza desde esta primera entrevista; pero lady Lawton-Percy se encarnizó. Elena habia concebido una tierna compasion por este jóven tan desdichado y tan guapo. Desempeñaba admirablemente su papel. Al cabo de dos ó tres dias, habia alguna mejora en el estado de Nothumb, y le vimos sonreír otra vez...

El 19 de abril del año pasado, nos hallábamos

reunidos los cuatro en el salon de la baronesa. Nothumb detallaba con el placer de un niño el contenido de la canastilla de boda que acababan de traer. Sobrecojió el cansancio; fué á sentarse en un sofá, mientras Elena permanecia junto á la canastilla.

— Príncipe, me dijo con tono muy tranquilo, ahora son dos las novias.

Su mirada me mostraba la canastilla. Elena Ordener se hallaba sola cerca de la mesa, ocupada únicamente con los encajes y aderezos. Examiné con mucha atencion á Nothumb, cuyo pálido rostro manifestaba la mas completa serenidad. Sólo que, me pareció que la pupila de sus ojos se hallaba mas opaca y mas fija.

— Porqué no hay dos canastillas? me preguntó sin la menor emocion.

La boca abierta y muda de lady Lawton-Percy me interrogaba. Qué responder? Permanecí inmóvil y silencioso, sobrecojido hasta el fondo del alma por este terror que precede á las catástrofes.

— Elena! llamó Nothumb.

Esta dejó al momento la canastilla y fué á sentarse junto á él en el sofá. Sir Francis le dió la mano derecha.

— Elena! volvió á llamar, y en voz mas alta.

Su compañera le miró sorprendida.

— Aquí estoy, respondió.

Nothumb hizo una señal de impaciencia y llamó por tercera vez:

— Elena!

Su entrecejo se hallaba fruncido como el de un señor á quien no se obedece pronto. Pero de allí á pocos sus facciones tomaron la expresion natural que indica el deseo satisfecho. Sir Francis no se hallaba enteramente en el centro del sofá. Estrechóse contra Elena Ordener, haciendo lugar á la otra Elena, que se sentó cerca de él...

— La visteis? exclamó involuntariamente la marquesa en medio de la concurrencia silenciosa.

— No con mis ojos, respondió M. de Talleyrand-Périgord, — pero con mi espíritu, tan clara y completamente como la veo á usted delante de mí, señora! Nothumb, que habia dado su mano derecha á la viva, dió su izquierda á la muerta, cuyo espectro invisible casi adivinaba yo... *Adivinar* espresa mal! *invisible* es mentiroso, puesto que se hallaban tres, para mí, en el sofá cuyo centro ocupaba Nothumb.

Volvióse hácia Elena Ordener. Estaba vivo. Despues, por un movimiento lento, — muy lento, — casi insensible, se volvió hácia Elena Caxton, — hácia el lugar vacío, si quereis. Al volverse, sus mejillas se hundian. Su último movimiento fué tomar la mano á la viva para darla á la muerta, quien las tuvo entonces ambas.

Sir Francis no existia ya. Lady Lawton-Percy acababa de desmayarse en su poltrona. Acudí hácia ella, y cuando recobró los sentidos, nos hallábamos solos con el cadáver...

PAUL FÉVAL.

(J. R.)





Soldado en traje de bivac.

S. Made en traje de ermino.

Corneta.

Oficial superior en traje de camino.  
Coronel edecan del emperador en traje de gala.

EJERCITO RUJO. — Cazadores de la familia imperial.

Oficial.

Peloton de subtenientes Abanderado.

Soldados en traje de gala.  
Oficial en traje ordinario.

SORIEUL



LOS SUEÑOS.

Por DAMOURETTE.



Sueña que ornán su frente de Laureles.



Sueña con los regalos que recibe, pero jamás con quien se los hace.



Sueña que una mano femenina juega con sus cabellos.



Sueña que está rodeado de perfumes.



sistema de defensas naturales. Un sinnúmero de secundarias hipótesis quedaban también justificadas. El autor podía razonablemente creerse en camino de realizar un gran descubrimiento científico é histórico.

M. de Persigny resolvió continuar sus estudios hasta el fin, investigando cuál era la eficacia de estas montañas artificiales para detener el movimiento de las arenas. El velo de aquel antiguo misterio podía quedar completamente desgarrado ante el triple examen topográfico, arqueológico y meteorológico. Una palabra, y tal vez quedaría resuelto el enigma de la vetusta esfinge.

Asentadas sobre bases enormes y amenazando tocar al cielo con su disforme altura, las pirámides eran á no dudarlo algo mas que *simples barreras* en el sentido absoluto y material de la frase. Lo gigantesco de sus masas llenaba las necesidades de eternidad... relativa, y suplía la ignorancia de los egipcios en el arte de construir las bóvedas. Un gran problema mecánico debía pues tener relacion con su volumen. ¿Tenían por objeto esas inmensas superficies, presentadas al viento del Desierto, el oponer una resistencia igual al exceso de viveza con que el fluido atmosférico arrastraba las arenas? M. de Persigny llegó á sospecharlo. Al mismo tiempo que una barrera material, las pirámides podían ser grandes máquinas aereostáticas, poderosos agentes modificadores de las causas metereológicas del terrible flujo.

Como se vé, las suposiciones se enlazaban unas con otras, y el misterio de las pirámides entrañaba también otros misterios. En efecto, aun no se conocen completamente ni los movimientos del Desierto, ni las leyes del choque y de la resistencia de los *medios*, sobre todo de los fluidos elásticos. El investigador encontraba en estas oscuridades una especie de correlacion al enigma de los antiguos colosos de granito. La cuestion histórica, la cuestion del Desierto y la de los fluidos elásticos — tres incógnitas de un mismo problema — se prestaban un recíproco apoyo para estraviar las averiguaciones y derrotar los esfuerzos de la razon investigadora.

El 14 de julio de 1845, época en que M. de Persigny habia hecho de sus laboriosos estudios una *Memoria* en que desarrollaba todo su sistema sobre el destino probable de las pirámides, se dirigió al ilustre F. Arago suplicándole que la presentase á la Academia de ciencias. En la sesion del 5 de agosto se hizo un informe sumario de la citada *Memoria* á los sabios que formaban entonces este célebre cuerpo, y en el mismo dia se nombró una comision, compuesta de MM. Arago, Cordier y Babinet, para hacer de ella un profundo examen y dar cuenta á la Academia y al pais del resultado. El asunto adquirió cierta celebridad y no dejó de producir alguna sensacion en el mundo de los sabios, de los curiosos y de los pensadores: de todas partes afluían cartas á casa de M. de Persigny. Hasta el mismo príncipe Luis Napoleón — cautivo también entonces y ocupado en problemas sociales y científicos á la vez — le escribió una larga epístola felicitándole por sus trabajos. El autor recibió así mismo otras varias comunicaciones de Jomard, el ilustre historiador de las pirámides, de Peltier, el célebre meteorologista, de Huot, el sabio geógrafo continuador de Malte-Brun, de Guet, profesor de física en Versalles, de Bataille, antiguo discípulo de la escuela politécnica y erudito ingeniero, y en fin, de diversos miembros del Instituto Egipcio: todos le manifestaban sus simpatías y adhesión á un sistema que ofrecía tantas probabilidades á la ciencia moderna.

Animado por las juiciosas observaciones que se le hacían, y queriendo presentar á la Academia un trabajo mucho mas acabado, M. de Persigny

suplicó entonces á M. Arago suspendiese el examen de la *Memoria*. Un año despues le entregaba un volumen de 300 páginas, ilustrado con láminas, que tenia por título: *Del destino y de la utilidad permanente de las Pirámides de Egipto contra las irrupciones arenosas del Desierto*. Pero cuando el autor, ó mejor dicho el sabio, presentaba á la Academia su nueva obra, los acontecimientos políticos, precipitándose rápidamente, apartaron la atención pública de las cuestiones científicas, y la comision dejó dormir el volumen entre los papeles relegados al olvido.

Dos años mas tarde, lo mismo la Francia que los sabios, tenían otras ocupaciones mas serias que la de investigar si Chéops y Chefren reposaron bajo las Pirámides, ó si oponen poca ó mucha resistencia á los vientos del Desierto. Un huracán de otra especie habia pasado sobre la Francia, de cuyas resultas M. de Persigny pasó desde la diputacion al ministerio.

Quizá el problema vuelva otra vez á ser examinado, hoy que el Egipto se halla en vísperas de un gran porvenir, por la apertura del famoso canal de Suez.

JULES LECOMTE.

(Trad. F. de la V.)

#### HISTORIA DE UNA RECETA PARA HACER EL CALDO REFRESCANTE DE CABEZA DE CORDERO.

Admitiendo que el lector tenga curiosidad de saber lo que me condujo, un día, á Italia, no quiero dejarle equivocarse acerca del objeto de esta peregrinacion y ceñirme gratuitamente á sus ojos de una aureola poética. Otros muchos han hablado suficientemente de este asunto, y en estilo mas ó menos hermoso, de sus aspiraciones artísticas; otros muchos han rascado, en honor de la *bella Italia*, la lira de Don Febo; en cuanto á mí, confieso con toda franqueza, que dejando ir mi barca sin timon, abordé una mañana á las riberas embalsamadas del Arno, con un pasaporte que debia conducirme á Rusia.

Una vez tributado este homenaje á la verdad, no es mi intencion ostentar aquí las galas de la estética sobre las maravillosas riquezas contenidas en las galerías del palacio Pitti, ni mas ni menos que acerca de las bellezas esculturales de la plaza del Gran-Duque. *Paulo majora canamus*, como diria Julio Janin: no quiero mas que conducirlos á casa de Doney, — el Tortoni de Florencia, — en donde, durante muchos meses, he consumado el acto importante del dia que los Florentinos llaman *la colazione* (el almuerzo).

Colocábame por lo comun cerca de una mesa en la cual preparaba el *ministro* del establecimiento los *pani arrostiti*; teniendo para mí esta operacion todo el interés de una gran dificultad que en vano se ha procurado vencer.

La habilidad del signor Pasquale consistía en practicar en unos panecitos, largos, escusivamente delgados y que salían del horno, una doble seccion en ángulos rectos que los dividía en cuatro porciones iguales, permaneciendo unidas entre sí por una de sus estremidades. — Es esto tan fácil, y hablo por esperiencia, como dividir de un sablazo en dos porciones un cojin de plumon. — Añado, á título de simple informe para los glotones, que abierto de este modo el pan, se le unta de manteca en el interior, despues se le suelda y lleva de nuevo á la lumbre hasta que esté ligeramente tostado.

Para mojar semejantes rebanadas en una crema de Flesole, aromatizada con esencia de moka, soy de opinion que un discípulo de Savarin debe emprender espresamente un viaje á Florencia.

No puedo determinar el número de panecitos

que he destrozado sin lograr la victoriosa seccion de que se ufana tanto el signor Pasquale. Pero, en fin, sostenido por aquel pensamiento de Buffon, que proclama al génio una larga paciencia, pude esclamar un dia, como Arquímedes: « Lo he encontrado! »

Un — muy bien! pronunciado con voz suave y benévola, vino á advertirme que no era yo el único que gozaba de mi triunfo. Levanté los ojos y ví cerca del *ministro* Pasquale á un personaje en el cual no habia reparado.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de mediana estatura, gordo, de un exterior tan modesto como vulgar. Su sombrero, caído sobre la nuca, su ancha levita y el gran paraguas encarnado con pico de cuervo, sobre el cual se apoyaba contemplando mi obra, le daban la apariencia de un simple particular que gozara de las comodidades que le han procurado los géneros coloniales. La única cosa singular y verdaderamente anormal que se notaba en él, eran unos pobres bigotes, irregulares, ralos, á los cuales se esforzaba en imprimirles, con un movimiento constante y maquinal, esa forma conquistadora adoptada por los jóvenes á la moda. Por lo demás, este extraño adorno no hacia mas que poner en relieve la afabilidad de toda su fisonomía; absolutamente como con las charretteras y la gola se revelan mejor que bajo el vestido negro los instintos de honradez y moderacion que distinguen á los oficiales de la guardia nacional.

Le dí las gracias por su aprobacion con una sonrisa, y continuó con el signor Pasquale una discusion que tendia á probar cuál era mejor de la manteca de *San Mignoto* y de la de *Protolino*, las dos lecherías, por excelencia, de la Toscana.

Por mas bien penetrado que se hallase en la materia el *ministro*, que trabajaba desde la mañana en una bola de manteca de *Protolino*, cuya superioridad sostenia naturalmente, tuvo que rendirse á la argumentacion tan profunda como luminosa del hombre del paraguas encarnado, en favor de la manteca de *San Mignoto*.

Estos debates á propósito de rebanadas duraron nada menos de veinte minutos, despues de lo cual, mi aprobador, radiante por la victoria, partió haciéndome una señal amistosa con la cabeza.

Al dia siguiente, almorzaba en mi mesa. Iba yo á retirarme por discrecion, pero él me instó del modo mas obsequioso á que tomara asiento á su lado.

Si la conversacion de dos desconocidos que se ven por primera vez puede hacer juzgar de suposicion y de su carácter, el que nos hubiera oído se habria creído ciertamente en presencia de algun cocinero, aguerrido á la lumbre de las hornillas, instruyendo á un aprendiz del arte de los Carême y de los Vatel. De mi buen éxito en la preparacion de los *pani arrostiti*, mi nuevo amigo habia llegado á hablarme de las excelentes pastas de Génova, de las salchichas de Bolonia y de los macarroni de Nápoles; por honor nacional, yo habia respondido con las gallinas de Mans, los jamones de Bayona y los pasteles de Estraburgo; poco á poco nos habíamos lanzado en disertaciones capaces de hacernos otorgar á cada cual una cacerola de honor. Mi modestia me obliga á confesar sin embargo que mis conocimientos en materia de cocina eran solamente los de un pobre escolar comparados á los de su alta erudicion. Hablaba como un hombre que no tiene ya nada que aprender, y, lo que me sorprendió mas, en el mas puro francés, en términos siempre selectos, algunas veces llenos de originalidad y de brío. Nunca habria creído que se pudiese tener tanto chiste al comentar las páginas del *Cocinero real*.

Continuámos una semana entera, todas las ma-